

Ruinas del teatro romano de Cartago.

Roma o Cartago

Al abandonar Pirro a Tarento, dos cosas aparecían claras como consecuencia de sus campañas: la fuerza moral de Roma y la poca capacidad de los griegos de Italia para organizarse en un estado que pudiera resistir a la potencia romana. Por lo que toca a las ciudades griegas del sur de la península, no quedaba ninguna duda sobre su suerte: iban a ser incorporadas al estado romano y asimiladas en pocos años. ¿Pero qué iba a ser de las colonias de Sicilia, que, independientes todavía, perdían el apoyo de los griegos del otro lado del estrecho? Era evidente que, tarde o temprano, aun sin quererlo Roma, los grie-

gos de Sicilia tendrían que sucumbir también a la influencia de la República.

Sin embargo, Roma no era el único poder organizado del Mediterráneo occidental. Enfrente de Roma estaba Cartago, la nación fenicia del norte de Africa, de la que ya hemos hablado, y Cartago, desde tiempos muy remotos, había establecido factorías y colonias en la costa sur de Sicilia, que los griegos tuvieron que tolerar, faltos de cohesión y empuje para conquistar toda la isla. En ciertos momentos, los enemigos de Cartago fueron estos griegos sicilianos, y hasta en las guerras de Pirro, Cartago se asoció a Roma para ani-

Cabeza de un dios cartaginés (Museo del Louvre, París). La preponderancia de Cartago en el Mediterráneo, hasta que Roma le arrebató este privilegio, justifica la marcada influencia griega de esta escultura. Pero el panteón cartaginés, esencialmente cananeo e identificado con divinidades africanas, tardó en asimilarse a los dioses griegos.



quilar al enemigo común. Sabido es que, cuando el embajador de Pirro trataba de convencer al Senado de Roma para que aceptara sus proposiciones de paz, una armada cartaginesa estaba fondeada en la desembocadura del Tiber aguardando órdenes de la República, dispuesta a combatir contra los griegos al lado de los romanos. Pero una vez Roma hubo ocupado el talón de Italia, no le quedaba más remedio a Cartago que luchar contra Roma o abandonar Sicilia, recluirse en Africa y reducirse a ser lo que hoy llamaríamos una simple potencia continental. Por desgracia, el norte de Africa no era un país que pudiera satisfacer las ambiciones ni aun las necesidades de Cartago. Tierra fértil, pero de secano, y con una población indómita, Cartago, como Tiro y Sidón, había tenido que procurarse con el comercio exterior las riquezas que no podía obtener en sus dominios

ROMA Y CARTAGO ANTES DE LA PRIMERA GUERRA PUNICA

Durante dos siglos y medio, Roma y Cartago vivieron en completo acuerdo. Debido a su diversidad, los intereses de las dos ciudades nunca se habían enfrentado. Los tratados que desde antiguo se firmaron entre ambos estados determinan sus respectivas vocaciones: terrestre para Roma y marítima para Cartago.

El primer tratado, que se hizo en 509 antes de J. C., a la caída de la monarquía romana, había asegurado a los romanos, que acababan de liberarse de la tutela etrusca, el reconocimiento de su autonomía política por parte de una potencia cuyos barcos cruzaban de continuo el Tirreno; y a los cartagineses les había dado la ventaja de alejar de los dominios del mar, que ellos consideraban cada vez más como propiedad personal, a una potencia de la que habían intuido la gran capacidad de expansión.

El tratado de 348 a. de J. C. reafirmó la preeminencia de Roma en el Lacio, a la par que significaba para Cartago la neutralización de una fuerza que, de aliarse con sus enemigos, hubiera podido causar grave daño a su tráfico marítimo. En efecto, Roma, aunque estado terrestre, se hallaba rodeada de estados marítimos (por ejemplo, los griegos al Sur y los etruscos al Norte), posibles rivales de los cartagineses. De aquí el gran interés de Cartago en conservar la amistad de Roma. Ésta, por su parte, podía moverse en sus contactos con pueblos vecinos y lejanos con mayor libertad, y así pudo llegar a tener relaciones amistosas y comerciales con estados rivales de Cartago, como Massilia.

Los artículos del tratado de 306 a. de Jesucristo no son conocidos, pero se puede intuir, por el curso posterior de los aconte-

cimientos, que reconocían los respectivos campos de influencia basados en la situación política del momento. Los romanos estaban entonces avanzando en todas direcciones en la Italia central; los cartagineses iban afianzando sus posiciones en las grandes islas del Tirreno, especialmente en Sicilia, haciendo desaparecer de ellas las posiciones griegas.

Finalmente, en tiempos de Pirro, en el 278 a. de J. C., el hecho de tener que enfrentarse ambos estados a un enemigo común, los griegos, transformó la amistad tradicional en verdadera y propia alianza. A decir verdad, esta alianza no llegó a transformarse en colaboración militar, pero proporcionó a Roma y Cartago frutos copiosos: a Roma, el control de toda la Italia meridional; a Cartago, el de gran parte de Sicilia.

El dominio de la Italia meridional supuso también para los romanos la obligación de defender sus intereses. Eran éstos los de las ciudades griegas, acogidas desde hacía poco a la alianza romana, todas ellas en las costas de ese mar surcado continuamente por los barcos de los cartagineses. Desde aquel momento era inevitable un enfrentamiento con Cartago. La primera chispa saltó cuando capituló la guarnición de la ciudad de Tarentum, pues apareció en la bahía una flota cartaginesa que pronto se retiró.

Roma se había desarrollado hasta entonces como potencia terrestre, y Cartago como potencia marítima. Para imponerse a Cartago, Roma necesitaba hacerse también fuerte en el mar. Sin embargo, los romanos no tenían tradición marinera. Permítasenos recordar que la mayoría de los vocablos de la lengua latina referentes a la navegación están formados con

raíces griegas. Tan despreocupados habían estado siempre de las cosas del mar, que cuando, al terminar la guerra latina, tomaron Antium, rompieron las grandes naves halladas en el puerto y se llevaron los espolones para adornar la tribuna del Foro desde la que hablaban los oradores.

La frase despectiva de los cartagineses, en vísperas de la ruptura, de que los romanos no podían sin su permiso ni lavarse las manos en el Tirreno, respondía a la realidad, pues Roma no disponía de una flota adecuada para hacer frente a sus deberes de heredera del mundo griego en su antigua rivalidad marítima con los cartagineses. Cartago, en cambio, podía disponer en cualquier momento de cien o doscientas naves de diverso tipo, construidas y armadas con técnica perfeccionada y provistas de utillaje moderno.

Por otro lado, las estructuras sociales, políticas y militares de Cartago eran muy diferentes de las de Roma. La diferencia más profunda era que Cartago carecía casi por completo del elemento ciudadano, de los pequeños propietarios que eran para Roma su fuerza mayor y los componentes de su ejército. De aquí que, en una guerra total, aquella de las dos potencias que lograra combatir con las armas del adversario, llevaría las de ganar. Para Cartago era completamente imposible movilizar un ejército de ciudadanos capaz de hacer frente al ejército romano. Pero Roma logró preparar en poco tiempo una flota a la altura de la de Cartago. Fue el nuevo milagro de la tenacidad romana: transformar en pocos años una potencia terrestre en potencia naval, hecho éste único en la historia de todos los tiempos.

A. B.

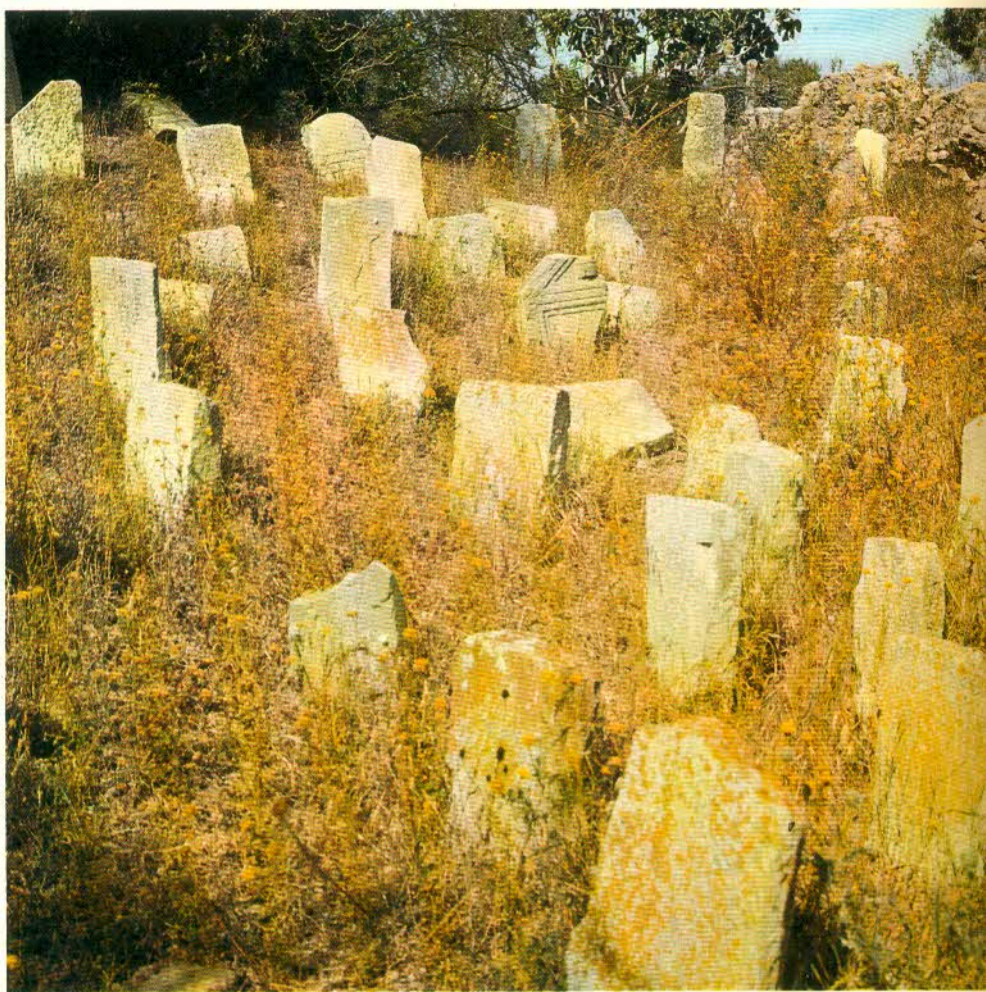


Ruinas de la ciudad romana de Cartago. En el lugar de la antigua colonia fenicia, totalmente arrasada por los romanos en 146 a. de J. C., se levantó por iniciativa de César la ciudad romana más importante del norte de África, Cartago.

africanos. Quitarle las colonias a Cartago era condenarla a la ruina; por esto sus guerras con Roma fueron, por necesidad, un duelo a muerte.

Por otra parte, Roma no podía tolerar que Cartago predominase en Sicilia, porque el estrecho de Mesina no es una protección suficiente para Italia; ni tampoco podían constituir los griegos sicilianos un estado intermedio que sirviese de barrera, porque divididos como estaban por odios seculares, fatalmente, para dirimir sus contiendas intestinas, llamarían en su auxilio, más o menos tarde, a uno de los dos poderes rivales que tenían más cercanos y que, en este caso, serían Roma o Cartago.

Y así sucedió, en efecto. En 274 a. de J. C. abandonó Pirro Italia, y sólo habían transcurrido diez años cuando en 264 estalló la primera guerra púnica, porque en Mesina, divididos sus ciudadanos en dos bandos irreconciliables, pidieron ayuda, para combatir entre sí, los unos a Cartago y los otros a Roma. Los cartagineses llegaron primero a Mesina y, después de haber tratado de conciliar los ánimos excitados, ocuparon sin más escrúpulos la fortaleza. Mientras tanto, otra embajada de Mesina continuaba incitando al Senado romano a intervenir contra el partido de los cartagineses. Comprendiendo la gravedad del asunto, el Senado quiso ponerlo a votación del pueblo, reunido en comicios, y



Restos de antiguas tumbas púnicas en las cercanías de la moderna ciudad de Túnez.

Figurillas púnicas de terracota que representan a una mujer tañendo la lira y a otra navegando sobre un delfín (Museo del Louvre, París). Probablemente son temas de la mitología local.



éste, sin vacilar, se decidió por la intervención, que era lo mismo que la guerra con Cartago. Esta primera guerra púnica duró veintitres años, sin cesar un día las hostilidades, con varia suerte para Cartago y Roma.

Se luchó principalmente en Sicilia —por esto Polibio llama a esta primera contienda guerra por la posesión de Sicilia—; pero en un momento determinado los romanos llegaron a desembarcar en Africa y amenazaron a Cartago en su propia casa, aunque pronto tuvieron que reembarcarse. Un factor importante fue el que los griegos sicilianos tomaron partido por Roma y se mantuvieron fieles hasta el fin de la guerra. Otro aspecto notable de esta primera guerra púnica fue que los romanos, que hasta entonces casi no habían tenido marina, construyeron varias armadas y revelaron a menudo superioridad en materias navales sobre los cartagineses. La leyenda dice que una galera cartaginesa encalló en las costas de Italia y con ella a la vista aprendieron los romanos el arte de fabricar buques de guerra. Los romanos introdujeron en su armada, además de los espolones de proa, que ya tenían los buques griegos, unos garfios que permitían enganchar las galeras enemigas y asaltarlas al abordaje. La primera victoria naval de los romanos por el cónsul Duilio el año 260 a. de J. C. se conmemoró con una columna naval que aún se conserva y el nombre del vencedor se recuerda todavía en la moderna marina italiana. De todos modos, sorprende ver a los cónsules convertidos en almirantes, perdiendo o ganando batallas así en el mar como en tierra firme; hasta el punto de que la victoria decisiva de los romanos, la que obligó a Cartago a aceptar la paz, fue una cruenta batalla naval que se dio en marzo del año 241, en la que el cónsul Catulo destruyó completamente la última armada cartaginesa cerca de las islas Egadas, en la punta occidental de Sicilia.

Las condiciones de paz fueron duras. Al firmarse el armisticio, el cónsul Catulo y el general cartaginés Amílcar convinieron que Cartago evacuaría Sicilia, devolvería los prisioneros y pagaría 2.200 talentos de oro, que equivalen a dos millones y medio de pesos, pagaderos a plazos de veinte años. Pero cuando los plenipotenciarios romanos pasaron a Sicilia para ratificar el tratado, insistieron en condiciones mucho más onerosas todavía, que Cartago tuvo que aceptar a discreción. La suma de 2.200 talentos se aumentó hasta 3.200, a pagar la mitad en seguida y la otra mitad a plazos en diez años; y aún poco después se exigió, pretextando una rebelión de las guarniciones cartaginesas de Cerdeña, la entrega de esta isla y la de Córcega a la República. Con esta primera guerra púnica, Roma adquirió lo que hoy llamaríamos colonias;

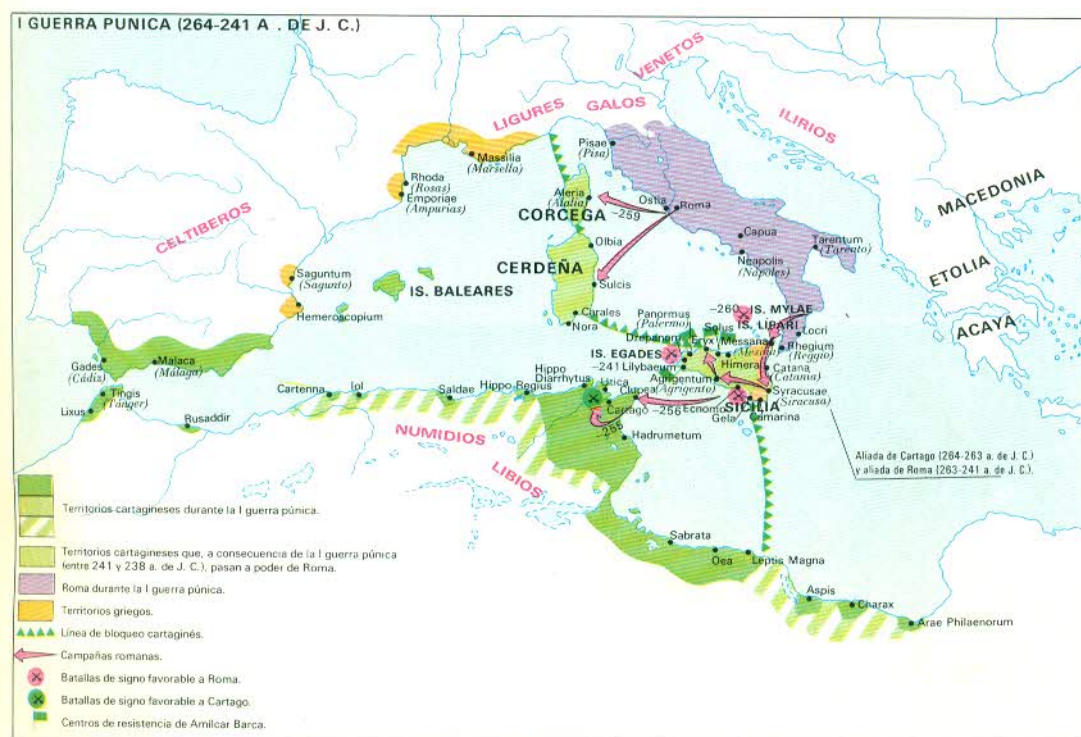
tanto Cerdeña como Sicilia fueron convertidas en *provincias*, con sendos gobernadores con plenos poderes, parecidos a los virreyes españoles de las Indias. Sólo en el ángulo oriental de Sicilia quedó, a modo de cuña, una población griega: el territorio de Hierón II de Siracusa, quien se mantuvo durante la guerra fiel aliado de los romanos. Los estados de Hierón representaban la quinta o sexta parte de Sicilia; lo demás de la isla, que había sido de Cartago o neutral durante la contienda, continuó pagando al gobernador romano el grano y los impuestos que se pagaban a Cartago, y de Sicilia se abasteció Roma más tarde, en época de carestía.

No hay duda que esta primera guerra púnica, sin los dramáticos episodios de las guerras de Aníbal, de que hablaremos más adelante, dio a Roma la supremacía del Mediterráneo occidental, que debía facilitarle futuras conquistas. Por esto, antes de seguir adelante, cabe preguntarse cuál era la causa de la superioridad de Roma, o mejor dicho, las causas de la incapacidad de Cartago para vencer a la joven República romana.

Ya los escritores antiguos se preocuparon de este asunto. El historiador Polibio, que había meditado mucho sobre materias de ciencia política, da una ingeniosa explicación de la victoria de Roma; según él, las naciones pasan regularmente por diferentes formas de gobierno, que se repiten en los diversos periodos de su historia. El gobierno monárquico, al caer en descrédito, ha de ser sustituido por una aristocracia de los más nobles, ricos y



Una de las tres tabletas de Pyrgi, láminas de oro, dos escritas en etrusco y una en púnico (Villa Giulia, Roma). La presente contiene un texto en caracteres etruscos, cuya traducción se ha podido hacer gracias a otra tableta que contiene el mismo texto en púnico. Es importante como fuente de relaciones históricas entre etruscos y cartagineses. Cronológicamente, estas tabletas deben situarse a principios del siglo V antes de Jesucristo.





Ruinas de las termas de Antonino, en la ciudad romana de Cartago, en los alrededores de la actual Túnez.

prudentes ciudadanos del estado, los cuales, a su vez, con su orgullo, alegando genealogías y pretendiendo derechos excesivos, incitan al pueblo a organizar un gobierno democrático; pero siendo la democracia, a la larga, causa de desórdenes y abusos, el mismo pueblo mira satisfecho la aparición de un gobernante fuerte que acaba por entronizarse, él mismo o sus descendientes, como monarca legítimo.

Y he aquí que empieza un nuevo ciclo con otra monarquía. Cada una de estas formas de gobierno tiene su época heroica, de entusiasmo, y su período de corrupción. Según Polibio, Roma y Cartago, mientras duraron las guerras púnicas, estaban regidas por una aristocracia con sus magistrados; pero mientras en Roma el Senado era una asamblea de padres con virtudes cívicas y la autoridad de los cónsules se mantenía con un prestigio indiscutible todavía, en Cartago la asamblea, o *gerusia*, estaba dividida en facciones políticas irreconciliables y los magistrados, o *sufetas*, eran despreciados por el pueblo. Aunque las sumarias ideas de morfología histórica de Polibio ayudan a conocer la verdad, hemos de buscar causas más específicas para explicar la ruina de Cartago.

Aristóteles, admirando la Constitución cartaginesa, alaba más que nada su estabilidad, en lo que casi coincide con las ideas de Polibio, pues estabilidad en política, a la larga, es a menudo lo mismo que decadencia. Mas para un griego como Aristóteles, era indudable que Cartago había hecho el milagro de librarse de revoluciones y tiranías, mientras que Polibio veía en la aristocracia, o mejor dicho, en la plutocracia cartaginesa, algo anacrónico y corrompido.

Otra de las causas de la superioridad de Roma sobre Cartago, según Polibio, estriba en que mientras Roma podía obtener ayuda en hombres y recursos de las poblaciones itálicas vecinas, que eran de su misma raza, Cartago estaba rodeada de los pueblos indígenas del norte de África, que le eran hostiles e inasimilables. Conviene añadir que la religión de Cartago, como la de todos los pueblos semíticos, con sus complicados ritos de sacrificios propiciatorios y expiatorios, era un lastre mucho más pesado que el culto ancestral de los latinos, pese a sus dioses etruscos y sus augurios estafalarios, de resultados siempre imprevisibles.

Polibio, sin embargo, en el capítulo me-

Dos moldes púnicos con sus correspondientes estatuillas hallados en la necrópolis de Puig des Molins, Ibiza. Estos y otros muchos restos dan testimonio del establecimiento de los cartagineses en la citada isla, que ellos llamaban Ebusus.





morale en que analiza las causas de la victoria romana, escribe estas palabras, que encierran probablemente la verdadera explicación del resultado de la guerra: "El hecho es que los italianos, como nación, son por naturaleza superiores a los fenicios y africanos, tanto por su fuerza corporal como por su valor moral...". "Los romanos nunca son tan peligrosos como cuando han sido vencidos y parecen reducidos a la desesperación." Esta fuerza moral de los romanos pudieron apreciarla los cartagineses desde los días de la primera guerra púnica, y a ella hacían alusiones, en el Senado

o asamblea de Cartago, los que no militaban en el partido de la guerra.

En los veintitrés años que ya hemos dicho duró la guerra por la posesión de Sicilia, los romanos dieron muestras de las mismas virtudes cívicas que acreditaron en las guerras con Pirro y Porsena; por ejemplo, un cónsul, Atilio Régulo, fue hecho prisionero de los cartagineses, pero se le concedió permiso de marchar con los embajadores que iban a Roma a proponer la paz; para ello Régulo tuvo que jurar que, en caso de no aceptar el Senado romano las condiciones de la emba-

Aspecto del teatro griego de Taormina, en Sicilia, reedificado posteriormente por los romanos. La intervención de Roma en Sicilia, contra los intereses de Cartago, motivó la alianza de éste con los griegos. Por eso las colonias griegas de la isla fueron las que sufrieron el ataque más duro de parte de los romanos.

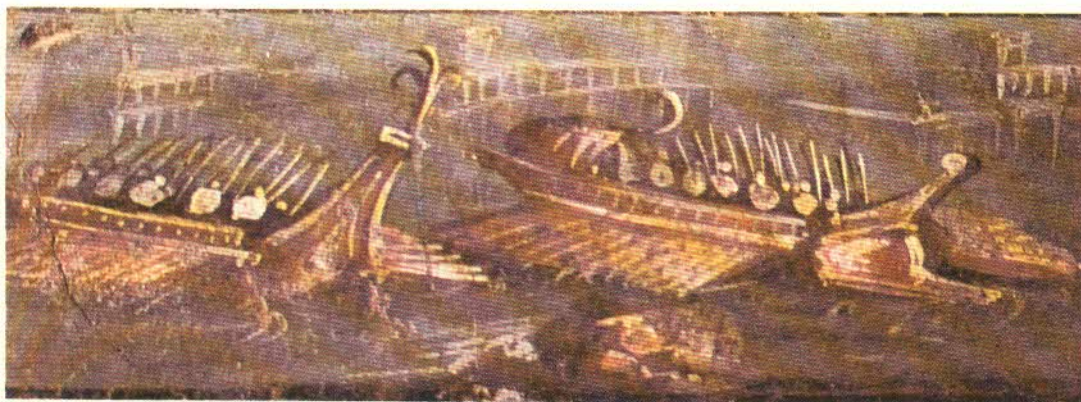
Panorámica del teatro griego de Segesta, en Sicilia. Después de haber luchado largos años contra griegos y cartagineses, los habitantes de la ciudad se aliaron con los romanos al ser atacados por Cartago en 261 a. de J. C. De su alianza obtuvieron numerosas ventajas.

jada, volvería con ella a su prisión de Cartago... Y así lo hizo, porque, con indecible sorpresa de los embajadores, cuando Régulo se halló delante del Senado romano, en lugar de aconsejar la paz, que para él sería la libertad, insistió en recomendar la continuación de la guerra. Después Régulo, cumpliendo su promesa, volvió a Cartago y al llegar allí fue cruelmente torturado para que muriera tras lenta agonía. Así hacían honor a su palabra los romanos, mientras que la "fe púnica" de los cartagineses se hizo proverbial en la antigüedad; sin duda, éstos fueron "facto-

res imponderables", causa principal del engrandecimiento de Roma y de la ruina de Cartago.

Vamos ahora a narrar la segunda guerra púnica, que podría llamarse más bien la "guerra de Anibal", pues fue casi la lucha personal de un hombre contra Roma. El general cartaginés a quien tocó en suerte acabar la guerra de Sicilia se llamaba Amílcar y era jefe del que hoy llamaríamos partido defensor de la política colonial de Cartago. Viendo Amílcar que por el tratado con Roma tenían los cartagineses que abandonar las islas del Mediterrá-





Detalle de un fresco de la Casa de Baños, en las ruinas de Pompeya, que representa una batalla naval. Barcos similares a éstos serían los usados por los romanos en sus frecuentes choques con la flota cartaginesa.

neo, pasó a España para impulsar el engrandecimiento de las factorías que los fenicios habían establecido allí con mucha antelación. Cartago, heredera natural de Tiro y de Sidón, no halló dificultad para sacar partido de las colonias de los fenicios en España. Los cartagineses hubieran debido alegrarse de su derrota, que les obligaba a intensificar su penetración en la península ibérica, hasta entonces relegada a segundo término. Durante los veintitrés años de paz que median entre la primera y la segunda guerra púnica los progresos de Cartago en España fueron admirables, hasta despertar el recelo de Roma, que llegó a temer un ataque por el Norte como antes lo había temido por el Sur. Así es que el Senado creyó necesario poner un límite a la expansión de los cartagineses en España, y cuando éstos no se habían rehecho totalmente de su derrota, viéronse obligados a asegurar que no extenderían su zona de influencia más arriba de la línea del Ebro. Polibio consigna la cláusula fundamental de este tratado y no queda ninguna duda sobre la letra del texto: *τόν Ἰβηρα ποταμόν*, "del Ebro río"... Pero si por la letra se leía Ebro, el espíritu del tratado quería decir la parte norte de España que habían colonizado los griegos, y éstos se extendían por la costa hasta mucho más abajo del Ebro. Al firmar el tratado, ni Roma ni Cartago se dieron cuenta de la anomalía de que los griegos de España quedaban por él divididos en dos zonas de influencia, porque lo que interesaba entonces a la plutocracia cartaginesa eran las minas de plata del sur de la península, principalmente de la región de Cartagena.

Columna decorada con espolones de buques que los romanos levantaron en el Foro en conmemoración de la victoria naval que el cónsul C. Duilio obtuvo en 260 a. de J. C. sobre los cartagineses en Miles.





Ruinas romanas de la antigua colonia griega de Tyndaris, en la costa norte de Sicilia. En la primera guerra púnica se puso a favor de Roma y frente a sus costas Atilio Régulo libró una batalla naval contra los cartagineses, considerando ambos bandos la victoria como propia.

Y en Roma, más tarde, para justificar la declaración de guerra que produjo la mala redacción del tratado, se propaló el sofisma de que, si bien el tratado prescribía que los cartagineses no pasarían del Ebro para arriba, en él no se decía que los romanos no podrían pasar del Ebro para abajo.

Ya se comprenderá, pues, que cuando Cartago hubo recuperado algo de su fuerza y se sintió con ánimos para enfrentarse a Roma, por necesidad tenía que pensar en hacer valer sus derechos a la frontera del Ebro, que limitaba con precisión sus dominios. Por otra parte, los griegos del sur del río tenían que mostrarse recelosos al ver

como los cartagineses se instalaban a lo largo de la costa y para conservar su independencia debían procurar sacar partido de la ambigüedad del tratado de Cartago con Roma.

Y así como para la primera guerra púnica la manzana de la discordia fue Mesina, esta vez la causa de la guerra fue Sagunto, ciudad ibérica con una parte de población griega, cerca de la actual Valencia y a poca distancia del mar. Sagunto, cuyas ruinas se conservan, sería una ciudad pequeña, pero se halla a la entrada de la garganta que da paso a la región montañosa del Maestrazgo, donde reclutaron todavía sus gue-



rrilleros las partidas carlistas del pasado siglo, región abundante en ganado, aceite y, sobre todo, en sufridos hombres de guerra. Sagunto era, por tanto, un lugar estratégico de la mayor importancia. Se ha repetido demasiado por los escritores que conocen poco las cosas de España que la toma de Sagunto fue sólo un ardid de los cartagineses para provocar la segunda guerra púnica; pero no hay duda que Sagunto les era indispensable si querían dominar la costa levantina de España hasta la desembocadura del Ebro; además, parece que los saguntinos, fiando en la protección de Roma, agredían a los indígenas de los alrededores, que se habían resignado a la "protección" de Cartago. Así es que el jefe de los cartagineses en España, el que después fue el famoso Aníbal, mandó un emisario a Cartago para explicar la situación y, sin esperar su regreso, puso cerco a Sagunto. Los saguntinos, a su vez, enviaron un mensaje a Roma para recabar el auxilio de la República; ésta se contentó con negociar y, cuando declaró la guerra, ya Aníbal había tomado la ciudad.

Así, pues, habiendo sido causa Aníbal, con sus procedimientos poco diplomáticos, de la declaración de guerra, a él le tocaba llevarla a buen término, y hay que reconocer

que demostró, en la forma de conducirla, un genio militar y una persistencia en su objetivo que son rarísimos en la historia de la humanidad. Ya hemos dicho que la segunda guerra púnica, más bien que una guerra entre Cartago y Roma, fue la lucha de Roma con Aníbal, y es, por tanto, muy natural que despierte la curiosidad de las gentes este joven capitán de raza semítica que estuvo a punto de cambiar los destinos del mundo con las derrotas que infligió a la República romana.



Amílcar Barca, general cartaginés, hace jurar a su hijo Aníbal odio eterno a los romanos, por G. B. Pitoni. Tras cinco años de luchar en Sicilia contra los romanos, Amílcar llegó a España y se propuso someterla a Cartago, empezando por el levante. Su hijo heredó su misión incumplida.

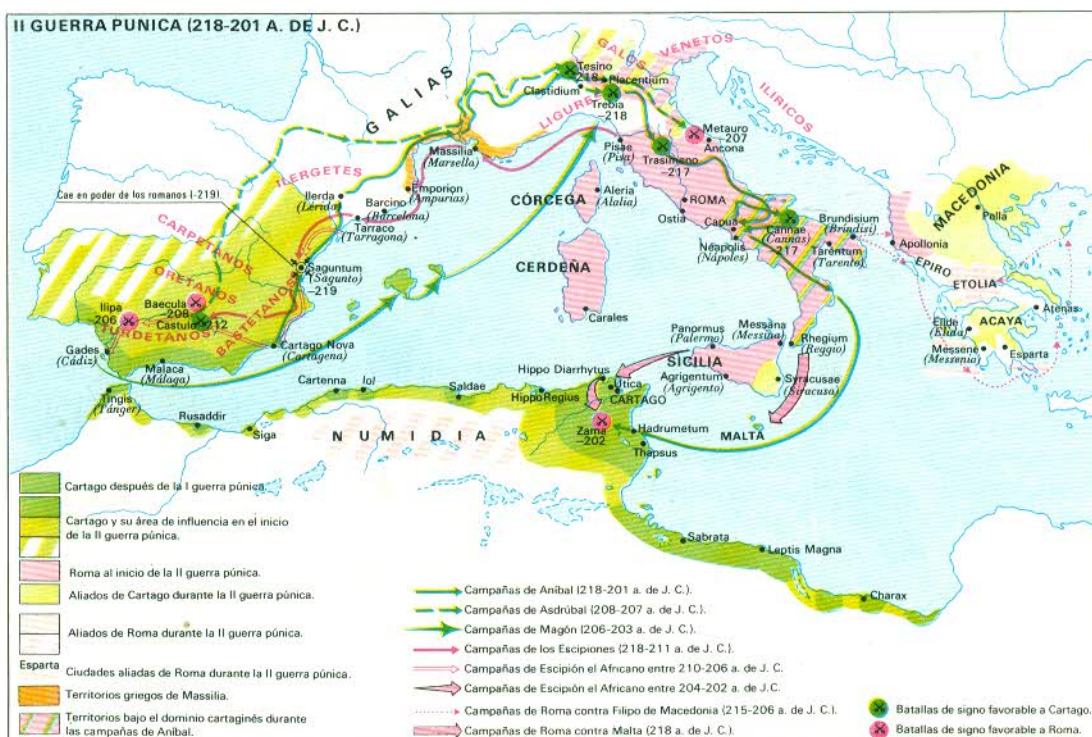
Anverso de una dracma de Cartago Nova, de fines del siglo III a. de J. C., en que se halla representada, según reciente opinión de algunos eruditos, la verdadera efigie de Aníbal (Gabinete Numismático de Cataluña, Barcelona).



Ruinas del teatro romano de Sagunto, la colonia griega que fue la causa directa de la segunda guerra púnica.

Han-Baal, o Aníbal, era de la familia de los Barcas, que es lo mismo que Barak o Baruk, que quiere decir *relámpago*. Sus antecesores serían, pues, gentes de temperamento impulsivo, y Amílcar, el padre de Aníbal, dio muestras de ello en la manera como condujo las últimas etapas de la guerra de Sicilia y por la rapidez con que se lanzó a colonizar

el “nuevo mundo” que entonces era España. En la península ibérica, Amílcar hizo prodigios de habilidad política; Catón decía años más tarde, viendo los efectos del gobierno de Amílcar en España, que si alguien tenía derecho a haber sido rey, éste era Amílcar. En Cartago la familia de los Barcas, aunque de la más rancia nobleza, tenía su apoyo en



el partido popular y había conseguido de la asamblea, que era aristocrática, el raro derecho de que el ejército, o mejor dicho, los nobles que en él figuraban como oficiales, pudieran elegir a su general. De esta manera, el ejército se mantenía independiente de las veleidades de opinión de la asamblea de Cartago, y aun del populacho, que bien pudiera, en momentos de pánico, exigir cambios imprudentes en la dirección de las huestes y hasta proponer un nuevo general. Así se explica que, a la muerte de Amílcar, el ejército eligiera a su yerno Asdrúbal para sucederle en el mando, porque Amílcar dejaba sólo tres hijos menores de edad: Aníbal, otro llamado también Asdrúbal y un tercero, Magón. Estos muchachos, a quienes su padre llamaba "cachorros del león", fueron los tres héroes de la segunda guerra púnica.

Más tarde, a pesar de sus veintiséis años, Aníbal fue elegido, a la muerte de su cuñado, como general y gobernador de España. La autoridad de Aníbal era legítima, porque radicaba en un derecho del ejército cartaginés,

y su cargo resultaba inamovible, porque el ejército no iba a relevar a un general con la tradición de familia y las cualidades personales de Aníbal, que eran extraordinarias. Los escritores romanos le acusaron de crueldad porque no podían poner en tela de juicio sus otras cualidades. Era Aníbal un semita, y ya vimos que otras gentes de su raza, los asirios, hicieron de la crueldad la base de su política. Pero, con excepción de la crueldad, Livio, el portavoz de la tradición romana, no puede menos de hacer el elogio de Aníbal, diciendo: "Delante del peligro, Aníbal demostraba el más grande arrojo, y para vencerlo, la mayor prudencia. Ni su cuerpo ni su espíritu parecían resentirse de las fatigas; resistía, sin apariencias de molestia, el calor y el frío. Comía y bebía sólo para sostener el cuerpo. Podía dormir o estar despierto a todas horas; descansaba cuando tenía un momento libre, pero sin necesidad de lecho ni de quietud a su alrededor. Sus soldados le veían a menudo dormir en el suelo envuelto en su capote, cerca de los centinelas y en los puestos avan-

El río Ebro a su paso por Amposta. Este río, frontera entre la España de influencia romana y la de influencia cartaginesa, según un presunto acuerdo entre Roma y Cartago, fue repasado por Aníbal en su marcha hacia Italia y posteriormente por los romanos en su contraataque.





Impresionante vista de los Alpes, la cadena montañosa que cierra el paso a Italia por el Norte y que fue atravesada por Aníbal seguido de su fabuloso ejército.

zados. No llevaba vestido especial; sólo se le distinguía por sus hermosos caballos y sus armas excelentes. Era el primer jinete del ejército y también el mejor infante, el primero en el ataque y el último en la retirada”.

Hemos de reconocer que, para venir de un enemigo, esta crítica no puede ser más favorable. Pero además de estas cualidades militares, tenía Aníbal el sentido topográfico, que alguna vez le hacía adivinar rutas practicables allí por donde nadie se hubiera arriesgado a pasar. Tenía también conciencia de las fuerzas sociales y políticas; sabía apreciar el verdadero valor de sus aliados y de sus enemigos, y era tan gran político como general. Hay que añadir que Aníbal había recibido una educación más que suficiente para la vida de las armas; su gran amigo y confidente, Sosilo de Esparta, le enseñó a escribir griego en estilo académico, sin contar que Aníbal por necesidad debía conocer las diversas lenguas de los bárbaros que tenía en su ejército, y hasta aprendió los dialectos latinos de las poblaciones itálicas con que se puso en contacto durante su campaña.

La guerra de Aníbal contra Roma duró dieciocho años; si en ella fracasó, no fue por

errores tácticos, sino porque fio demasiado en el descontento que existía en Italia, pero no tanto como él se figuraba, entre los griegos, etruscos, galos y samnitas, que Roma había sometido después de guerras seculares. Aníbal creía que el amargo recuerdo de las guerras de Roma con sus vecinos mantendría latente un odio tal, que, al presentarse con sus ejércitos en Italia, los antiguos enemigos de Roma se levantarían en masa y con estos aliados bajo su mando aniquilaría a la República.

Seguro de no carecer de auxiliares en Italia, Aníbal salió de España con un ejército menos numeroso del que hubiera podido llevarse, subió a lo largo del Ródano y lo cruzó en balsas más arriba de Orange. Aquí vinieron a encontrarle enviados de los galos de Italia para confirmar sus propósitos de rebelión y para dirigir la marcha del cartaginés al cruzar los Alpes. El paso de los Alpes por Aníbal es uno de los hechos históricos más famosos de todas las edades. Los escritores antiguos hicieron románticas descripciones del paisaje; de los terribles montañeses emboscados para arrebatar el botín, con las rocas que se precipitan de lo alto y la

Página miniada de las "Décadas" de Tito Livio, manuscrito del siglo XV (Biblioteca Nacional, Madrid).

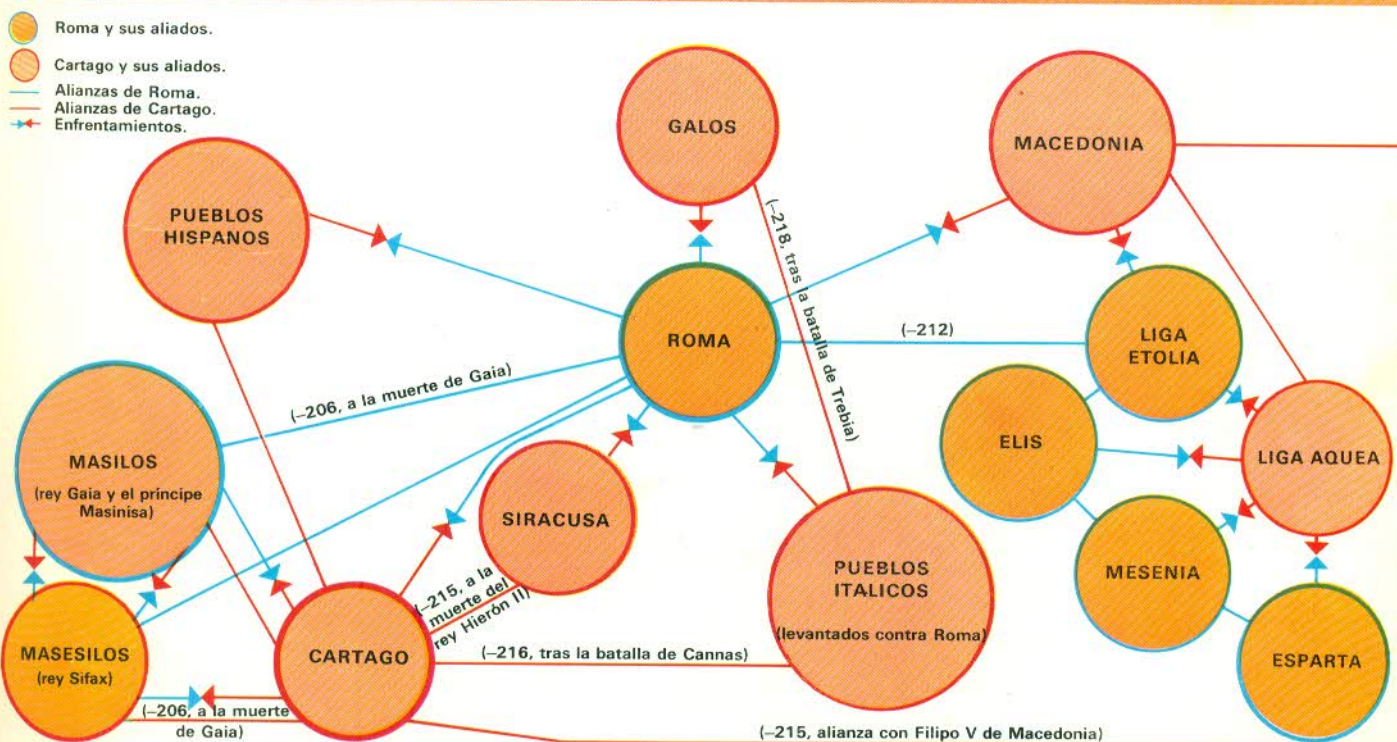
Se halla aquí representada la expedición de Aníbal a Italia con todos los detalles propios de la fantasía de la época.

nieve que entonces (era en septiembre) escondía parte del camino; la falta de pastos en la cumbre para los elefantes, etc. Mas a pesar de los detalles topográficos que consignan los historiadores clásicos y de que Polibio visitó aquellos mismos lugares cincuenta años después del paso de los Alpes por Aníbal, todavía hoy se discute si éste pasó por el collado del pequeño San Bernardo, o por el Mont-Cenis, o por un collado intermedio, el Mont-Genèvre, en la actualidad poco frecuentado, pero que parece que era el que utilizaban de preferencia los mercaderes para atravesar la cordillera en épocas antiguas.

Sea por donde fuere, lo cierto es que en el otoño del 218 Aníbal se encontraba descansando entre los galos amigos del Piamonte, con su ejército reducido por las fatigas del viaje, pero todavía fuerte. Ya en este punto, los romanos trataron de atajarle el paso y evitar que la insurrección de los galos se co-



ALIANZAS DURANTE LA SEGUNDA GUERRA PUNICA (218-201 A. DE J. C.)





El general cartaginés Aníbal, según representación ideal de un anónimo italiano (Colección Gioviana, Florencia).

rriera hacia el Sur. A lo largo de un ramal de la vía empezada por el cónsul Flaminio, y que en esta parte se llamaba vía Emilia, los romanos habían construido fortalezas y establecido colonias, que son hoy las ciudades de Módena, Reggio, Parma y Plasencia. Hállanse situadas casi en línea recta, porque el llano es tan uniforme que la vía romana pudo trazarse a cordel y todavía hoy el ferrocarril la sigue sin alteración. Ésta es la línea que tra-

taron de defender los cónsules romanos, con el negativo resultado de perder las dos batallas conocidas por los nombres del Tesino y del Trebbia, dos afluentes del Po, cerca de Plasencia. La batalla de Trebbia fue una seria derrota y obligó al ejército romano a abandonar la Lombardía; los cónsules tomaron nuevas posiciones más al Sur: el uno acampó en la línea del Rubicón, donde estaba la gran fortaleza de Rimini, en el Adriático, y el otro se situó en Arezzo, lugar fuerte que cerraba la vía Flaminia al sur de la actual Florencia.

Aníbal, despreciando las cómodas rutas militares, atravesó los Apeninos por un paso más al Norte y, cruzando la Toscana más arriba de Florencia, entró en el valle superior del Arno para sorprender al cónsul romano, que le esperaba en Arezzo, con la nueva casi increíble de que todo el ejército cartaginés estaba ya a su espalda, entre él y Roma. Los autores antiguos describen la marcha de Aníbal a través de la Italia central como un esfuerzo sobrehumano, casi superior al que se necesitó hacer para atravesar los Alpes. Hoy esta parte de Italia se encuentra cultivada, pero en otro tiempo era una región llena de pantanos, donde se hundían los hombres y los caballos. Escribe Livio: "Tan sólo apilando los bagajes en el fango podían los cartagineses descansar, o echándose sobre los cadáveres de los caballos que se habían ahogado en los pantanos, podían tener unos instantes de reposo. El propio Aníbal, que sufría de la vista por los grandes cambios de frío y calor, iba montado en uno de los pocos elefantes que le quedaban. Pero las largas vigiliias, con la humedad de las noches, atacaron su cabeza, y sin tener ocasión de curarse, perdió finalmente uno de los ojos..."

Habiendo evitado ya todo encuentro con las legiones apostadas en Arezzo, entró otra vez Aníbal en la vía Flaminia, al pare-



Espada ibérica, arma que utilizaron las tropas reclutadas por Aníbal en la península hispánica (Museo Arqueológico, Barcelona).



cer encaminándose a Roma. El resultado fue que al enterarse el cónsul que estaba en Arezzo de que Aníbal se le escapaba por la espalda, se dispuso a perseguirle. Pero ya no era ahora el cónsul quien esperaba a Aníbal, sino Aníbal el que esperaba al cónsul en un estrecho pasadizo de la vía Flaminia, a orillas del lago Trasimeno. Fue una gigantesca emboscada. He aquí otra vez a Livio, que cuenta la batalla del lago Trasimeno: "El cónsul llegó al lago la vigilia, cuando ya era tarde. Por la mañana, sin hacer ningún reconocimiento, y cuando aún era oscuro, todo el ejército romano entró en el desfiladero, sin ver más que un destacamento cartaginés que huía como si escapase. Aníbal vio cumplidos sus deseos: su enemigo estaba encerrado entre el lago y las montañas, y entraba en el círculo formado por sus tropas. Dio la señal de carga y sus columnas se lanzaron en todas direcciones sobre los romanos. El ataque fue más regular y bien concertado porque la neblina del lago, que impedía a los romanos ver a los cartagineses apostados en las alturas circunvecinas, permitía a éstos verse unos a otros, pues las cumbres de las colinas sobresalían de la niebla..."

El resultado fue un desastre completo para los romanos. Tito Livio dice que en la batalla del lago Trasimeno murieron quince mil romanos: "...Otros hablan de pérdidas mucho mayores, pero como yo soy contrario a las exageraciones, sigo en esto a Fabio Píctor, la mejor autoridad en estas materias, porque vivió y escribió en tiempo de la guerra". La noticia de la catástrofe comenzó pronto a circular por Roma y las gentes se aglomeraron, impacientes por conocer detalles, alrededor del palacio del Senado. Por fin, al atardecer, el pretor Marco Pomponio apareció en la puerta y, dirigiéndose a la multitud, pronunció estas palabras: "Se ha dado una gran batalla y hemos sido derrotados por completo...". ¡Nada más! Ni una esperanza de futuras victorias, ni una alusión a las glorias pasadas... Ésta es la grandeza de Roma. Perecen quince mil hombres, entre ellos un cónsul, y el pueblo se entera de la nueva sin amotinarse, con entereza.

Después de la batalla del lago Trasimeno, contra lo que creerían los aficionados a la estrategia, Aníbal no marchó sobre Roma, sino que repasó otra vez el Apenino para ponerse en contacto con los samnitas y griegos de la Italia meridional, en los que

Excavaciones en el malecón del puerto antiguo de Ampurias, donde desembarcaron en 218 a. de J. C. los ejércitos romanos mandados por Publio y Cneo Escipión para cortar las comunicaciones de las fuerzas cartaginesas establecidas en España con el ejército de Aníbal, triunfante en Italia.

EL DESASTRE DE CANNAS

Instalado ya Aníbal en el centro de Italia, sentó sus reales en Cannas, ciudadela hacia poco conquistada; disponía en aquellos momentos de 35.000 hombres. Por su parte, los romanos habían preparado cuatro legiones, que sumaban un total de 50.000 hombres, entre romanos y aliados. Los dos cónsules de aquel año de 216 a. de J. C. (terminada la dictadura de Fabio Máximo) fueron Lucio Emilio Paulo, miembro de la nobleza, y Marco Terencio Varrón, del partido popular.

En el bando romano se abría de nuevo camino la idea de jugárselo todo en un combate decisivo, aunque Fabio Máximo continuaba sosteniendo la eficacia de la guerra de desgaste, persuadido de que el tiempo era el mejor aliado de Roma y el peor enemigo de Aníbal.

Aunque éste intentó varias veces trabar batalla, ésta sólo le fue aceptada cuando los romanos consideraron que sus posiciones les eran favorables. El campo de lucha estuvo constituido por una llanura de poco más de 3 km de anchura, limitada por las colinas y el mar. El día del combate, el mando romano tocó por turno a Terencio Varrón. Este hecho quizá quiera indicar que el otro cónsul, Emilio Paulo, era contrario a luchar con los cartagineses.

El desarrollo de la batalla es el siguiente. La infantería romana, con los flancos

defendidos por la caballería, se dispuso contra la adversaria. Los cartagineses se colocaron en un frente amplio y convexo, con las alas protegidas por la caballería nómida e hispánica, muy superior en número a la romana. Se movió primero la infantería púnica, contra la cual chocó, con todo el peso de su masa superior, la romana, que logró introducirse como una cuña entre las filas de Aníbal, de manera que su frente adoptó la forma cóncava. Cuando el centro estuvo a punto de romperse, Aníbal lanzó al ataque, contra la columna alargada de los romanos, las fuerzas de sus alas, que habían quedado intactas y en posición avanzada, mientras el frente romano continuaba empujando hacia delante. Los romanos perdieron entonces el empuje inicial.

Al mismo tiempo se desarrollaba la acción de la caballería. La superioridad de Aníbal en este terreno fue definitiva. Destrozó a la caballería romana y atacó entonces por la espalda a la infantería contraria, la cual, amontonada en un espacio reducido, quedó inmovilizada, sin posibilidad de maniobra. A partir de este momento, la batalla se convirtió en una carnicería espantosa, una de las mayores en la historia de todos los tiempos. Murieron cerca de 30.000 romanos, entre ellos el propio cónsul Emilio Paulo, y otros 10.000 fueron hechos prisioneros. Teren-

cio Varrón, con 10.000 supervivientes, pudo refugiarse en la colonia de Venosa, adonde afluyeron poco después más soldados que habían huido a la desbandada.

Aníbal perdió 6.000 hombres, casi todos galos. Sus fuerzas permanecieron intactas y su prestigio alcanzó las mayores alturas con aquella batalla, en que había vencido en condiciones de inferioridad numérica, en una posición no elegida por sí mismo y gracias a una técnica que sería clásica durante siglos.

Tampoco esta vez marchó sobre Roma ni intentó expugnar Venosa. Buen conocedor de las situaciones y de los hombres, sabía que las reservas romanas eran aún muy grandes y granítica la fidelidad de los aliados más antiguos de la Italia central, por ser sus intereses los mismos que los de Roma.

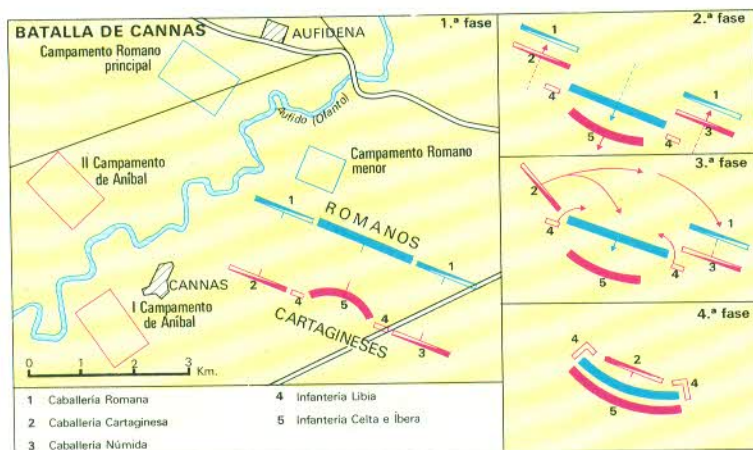
Entretenerse en un asedio abocado casi con seguridad al fracaso equivalía a comprometer el efecto político y, moral de aquella espléndida victoria. Por ello prefirió recoger los frutos inmediatos, representados por la defección de los aliados más recientes y periféricos de Roma: algunas ciudades de Apulia, numerosas tribus de Sannio y muchos pueblos de Lucania y de Brutio. En el otoño le abriría sus puertas Capua y después Siracusa, Tarento y otras ciudades griegas.

A. B.

fundaba sus mayores esperanzas. El dictador Fabio Máximo, que los romanos eligieron para sustituir al cónsul muerto, se contentó con perseguir a Aníbal a distancia, entorpeciendo sus movimientos, pero sin paralizarlos. Mas cuando llegó la hora de renovar los cargos consulares, el dictador fue relevado por dos cónsules: un patricio, Paulo Emilio, y un plebeyo, Terencio Varrón, que se dice era hijo de un carnicero. Esto ocurría en la

primavera del 216. Aníbal estaba acampado cerca de Cannas, una pequeña ciudad del Adriático, al sur de Roma, desde donde continuaba su política de atracción de los samnitas. Parece que, además, en los vecinos llanos de la Apulia, que le proporcionaban forraje y trigo, se dedicaba a instruir a sus nuevos reclutas galos y adiestrar a sus tropas ligeras en el manejo de las armas y empleo de los métodos de guerra que había aprendido de los romanos.

De manera que cuando, a últimos de julio, llegaron los cónsules con sus legiones bisonas, Aníbal estaba preparado para recibirlos. La batalla de Cannas fue mucho más sangrienta que la del lago Trasimeno y en ella Aníbal no sólo dio pruebas de sagacidad, sino también de un talento estratégico insuperable. Buen conocedor del país, el cartaginés colocó sus tropas de cara al Norte para que no recibieran el sol de frente ni los vientos, cargados de polvo, que llegaban de la llanura, y que, en cambio, habrían de molestar a los romanos. Formaba el centro de los dos ejércitos la respectiva infantería, mientras a cada flanco cartagineses y romanos habían dispuesto sus escuadrones de caballería. La batalla se dio el día 2 de agosto



y a mediodía había terminado. Puede decirse que se ganó en tres jugadas: en la primera, la infantería romana, más numerosa, hizo retroceder el centro cartaginés, que tenía forma de media luna, pero sin lograr romperlo. Mientras tanto, la caballería cartaginesa cargaba sobre la romana y la forzaba a retirarse en desbandada.

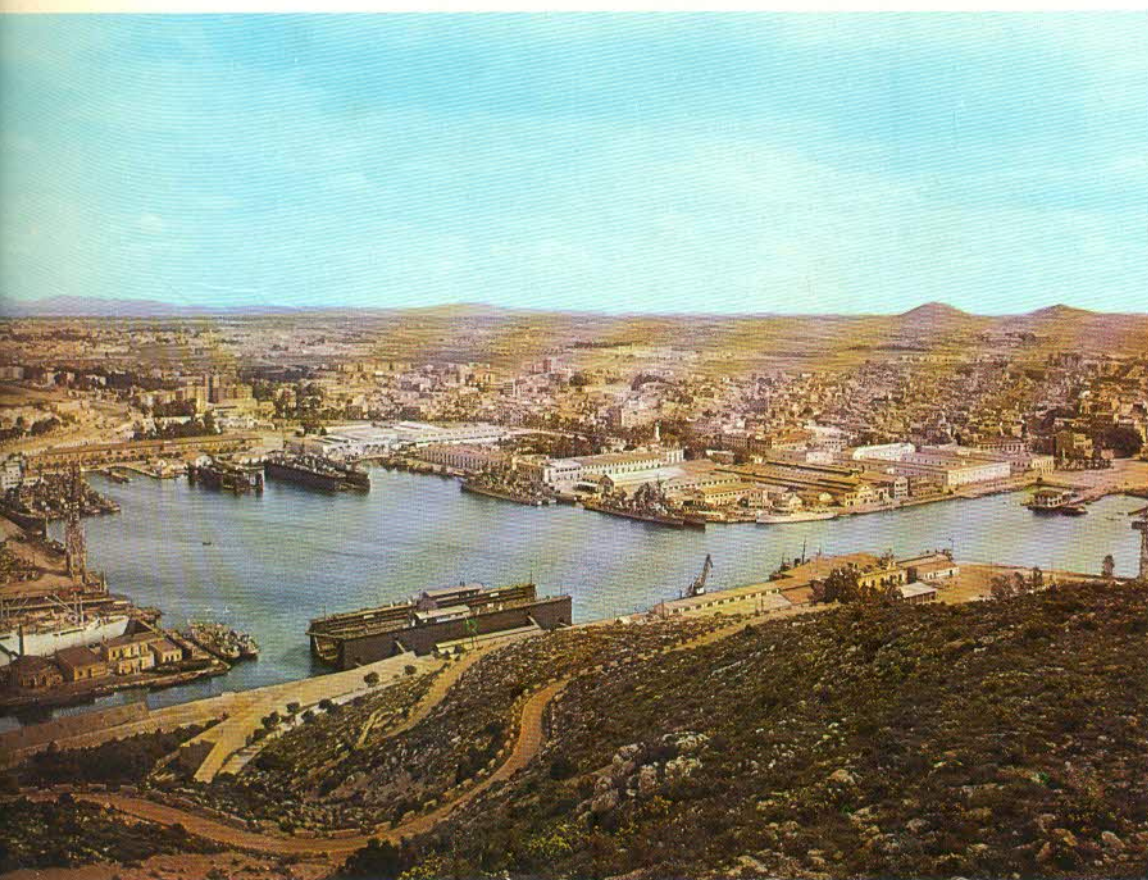
En el que podríamos llamar segundo tiempo de la batalla, Aníbal, conservando su centro en buen orden, hacía avanzar dos columnas de reserva, que encerraban a la infantería romana por los flancos. En la tercera jugada, el cuadrado se cerraba detrás de los romanos, al regresar la caballería cartaginesa de su persecución a la caballería romana, para atacar ahora las líneas de las legiones. La matanza que siguió después fue horrible..., pero nada más elocuente que los números: murieron en Cannas veinticinco mil romanos, incluyendo el cónsul patricio Paulo Emilio, dos procónsules, dos cuestores, veintiún tribunos y ochenta senadores. Cuéntase que unos patricios que se habían refugiado en la vecina ciudad de Canusium hablaban ya por la noche de emigrar y buscar fortuna en el extranjero; la República se consideraba perdida.

Sin embargo, en Roma no se desesperó. Al llegar a la capital el cónsul vencido —el hijo de un carnicero—, los senadores salieron



Onza de la República romana (Cabinet des Médailles, Bibliothèque Nationale, París).

a recibirle, manifestándosele agradecidos por no haber desconfiado de la República. Se reclutaron nuevas legiones y se preparó la resistencia. Ni tan sólo se admitió a parlamento al enviado de Aníbal, que proponía el rescate de los prisioneros. Roma era siempre Roma, y esto debió de verlo claro Aníbal cuando sus ayudantes, al día siguiente de Cannas, le proponían marchar sobre la



Vista de Cartagena, la antigua Cartago Nova. La toma de esta ciudad por Publio Cornelio Escipión en 210 a. de J. C. y su posterior marcha hacia Cartago obligaron a Aníbal a abandonar su inactividad en Italia y dirigirse a defender su patria.

II GUERRA PUNICA (218-201 A. DE J. C.)

(En redondo, los acontecimientos favorables a Roma; en **negritas**, los favorables a Cartago)

Años	Norte de África	Península ibérica	Península itálica	Sicilia	Península helénica
226		Tratado del Ebro: Roma reconoce la dominación cartaginesa al sur de este río.			
219		Al no recibir la esperada ayuda romana, Sagunto, que hostigaba a los pueblos indígenas protegidos por los cartagineses, cae en poder de Aníbal.			
218		Aníbal cruza los Pireneos. Su hermano Asdrúbal permanece en la península para su defensa. Cneo Cornelio Escipión desembarca en Ampurias.	Roma declara la guerra a Cartago. Aníbal cruza los Alpes. Ante la aparición de Aníbal, Publio Cornelio Escipión debe permanecer en Italia y envía a su hermano Cneo a la península ibérica. Aníbal derrota a Publio C. Escipión en Tesino, y a éste y a Tiberio Sempronio en Trebia. Los galos se unen a Aníbal.	Tiberio Sempronio desembarca en Sicilia. Mas ante el avance de Aníbal, debe regresar a la península itálica.	
217		Victoria naval romana en la desembocadura del Ebro. Publio Cornelio Escipión desembarca en la península.	Aníbal cruza los Apeninos. Derrota a Cayo Flaminio en Trasimeno, el cual muere en la batalla. Quinto Fabio Máximo, nombrado dictador, rehúye el combate con Aníbal.		
216			Aníbal derrota en Cannas a Cayo Terencio Varro y a Emilio Paulo, el cual perece. Capua, los samnitas, lucanos y brutios se unen a Aníbal. Derrota romana en la llanura del Po por los galos.		
215		Los romanos toman Sagunto.	Aníbal toma Crotona y Locres, donde recibe refuerzos de Cartago.	Muere Hierón II, rey de Siracusa. Su hijo Hierónimo se alía con Cartago.	Alianza de Filipo V de Macedonia con Aníbal. I guerra macedónica (215-206). Roma rechaza la ofensiva macedónica en Iliria.
214	Asdrúbal desembarca en Numidia occidental para sofocar la insurrección de Sifax, rey de los masaesilos.	Los Escipiones alcanzan el Guadalquivir.			
213			Aníbal ataca Tarento.	Mario Claudio Marcelo ataca Siracusa.	La Liga etolia ataca Macedonia. Élide, Mesenia y Esparta deciden unirse a la Liga etolia.
212	Roma se alía con Sifax. Pero éste es vencido por Asdrúbal con la ayuda de Gaia, rey de los masaesilos.	Asdrúbal regresa a la península, junto con Magón y Giscón.	Aníbal toma Tarento, Heraclea, Metaponto y Thurii, y se le unen las ciudades griegas del sur de Italia. También vence en Capua al consul Graco, el cual perece.	Marco Claudio Marcelo toma y saquea Siracusa, en donde es muerto Arquímedes.	Roma se alía con la Liga etolia contra Filipo V de Macedonia.

Años	Norte de África	Península ibérica	Península itálica	Sicilia	Península helénica
211		Asdrúbal derrota en Cástulo a los Escipiones, quienes perecen en la batalla. Tito Fonteyo hace retroceder sus tropas romanas a la izquierda del Ebro. C. Claudio Nerón dirige las fuerzas romanas.	Roma toma Capua. Aníbal avanza sobre Roma para sublevar la Italia central.		
210		Desembarca Publio Cornelio Escipión, el Africano.		Roma aplasta la sublevación de Sicilia.	
209		Escipión toma Cartago Nova.	Roma conquista Tarento. Son vendidos como esclavos 30.000 tarentinos.		Atalo de Pérgamo se une a la Liga etolia.
208		Escipión vence en Bécula. Aunque no impide la marcha de Asdrúbal a Italia. Asdrúbal cruza los Pireneos.	Aníbal derrota al cónsul Marcelo, quien perece en la batalla. Asdrúbal cruza los Alpes.		Roma retira sus fuerzas de Grecia.
207			M. Livio Salinator y C. Claudio Nerón aniquilan a Asdrúbal en Metauro.		
206		Victoria de Escipión sobre Magón y Masinisa en Ilipa y toma de Gades. La flota cartaginesa de Magón se refugia en las Baleares.	Aníbal se ve obligado a retirarse al Brucio. Procedente de la península ibérica, la flota cartaginesa logra sublevar a ligures y galos contra Roma.		Filipo V firma la paz con la Liga etolia.
205				De regreso de la península hispánica, Escipión se encarga del gobierno de Sicilia, donde prepara un ejército contra Cartago.	
204	Escipión desembarca en Utica. A la muerte de Gaia, su sucesor Masinisa (aliado hasta entonces de Cartago) se alía con Roma. En cambio, Sifax se alía con Cartago.				
203	Victoria de Escipión en Cista sobre Sifax.		Muere Magón en el norte de Italia. Aníbal abandona Italia para socorrer a Cartago.		
202	Victoria de Escipión sobre Aníbal en Zama.				
201	Paz. Condiciones exigidas a Cartago: <i>a)</i> Todo el territorio africano es cedido a Masinisa, rey de Numidia; <i>b)</i> Prohibición de hacer cualquier guerra sin el permiso de Roma; <i>c)</i> Indemnización de diez mil talentos en cincuenta años; <i>d)</i> Entrega de todos los navíos y elefantes a Roma; <i>e)</i> Liberación de todos los prisioneros; <i>f)</i> Entrega de rehenes; <i>g)</i> Prohibición de reclutar mercenarios; <i>h)</i> Cartago renuncia a la península ibérica.			Siracusa es anexionada a Roma.	



Anverso y reverso de un dicalco de Cartago Nova, con representación de una cabeza de mujer y otra de caballo, respectivamente (Gabinete Numismático de Cataluña, Barcelona).

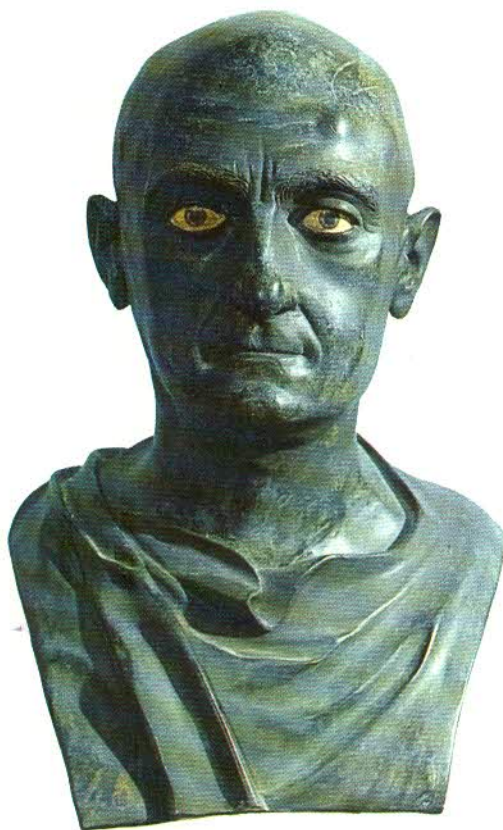
capital. Los historiadores antiguos y los modernos comentan severamente la conducta de Aníbal después de Cannas. Se repiten apenas sin variación, a través de los siglos, las mismas frases de censura porque no se lanzó contra Roma después de la batalla de Cannas. "Sabes ganar batallas, pero no sabes conseguir ventajas de tus victorias", dicen que exclamó Marhabal, el jefe de la caballería púnica, la misma noche de Cannas al ver que Aníbal no se decidía a marchar sobre Roma. En lugar de poner sitio a Roma, Aníbal se encaminó a Capua, la capital de los griegos cerca de Nápoles, que era entonces el centro de cultura y de arte más refinado de Italia. Allí pasó Aníbal el invierno del 216 al 215. "Las delicias de Capua" han sido tomadas como sinónimo de una cobarde manera de excusar los deberes difíciles, pero no olvidemos que el propósito de Aníbal era provocar un levantamiento de los descontentos de la dominación romana y la brillante victoria de Cannas parecía que había de atraerle todos los pueblos itálicos. Aníbal sabía que sólo así podía vencer a Roma. Transcribimos los párrafos de Mommsen, que explican por qué Aníbal prefirió Capua a Roma:

"Aníbal —dice Mommsen— conocía mejor a Roma que los estúpidos que, así en la antigüedad como en nuestros días, han creído que podía terminar la guerra con una marcha sobre la capital. Actualmente una cam-

paña se decide con una batalla, pero en la antigüedad muchas veces una victoria resultaba estéril por la resistencia de las ciudades. El sistema de atacar las fortalezas era mucho más primitivo que el sistema de defenderlas. ¿Qué esperanza podía tener Aníbal de que, al llegar a Roma, ésta le abriese sus puertas o, al menos, aceptara una paz razonable?... Él creería que ocupando a Capua, la segunda ciudad de Italia, podría aprovecharse de los puertos vecinos para desembarcar los refuerzos que debían llegarle de Cartago, ahora que sus éxitos habían desmoralizado a la oposición".

Y, en verdad, los hechos probaron que si Aníbal hubiese puesto sitio a Roma, lo más probable es que él mismo se hubiera encontrado sitiado entre los muros de la ciudad y las guerrillas de latinos que le hostigarían por todas partes. Desde la base de Capua trató Aníbal de conquistar las pequeñas poblaciones griegas de su alrededor, como Nápoles, Nola, Acerra, Casilinum, y algunas resistieron sin rendirse, con la ayuda que recibían de los romanos. Especialmente Nápoles, con su puerto magnífico, que tanta falta le estaba haciendo a Aníbal, se mantuvo fiel a Roma. Así es que en Italia el plan de Aníbal hubo de fracasar, porque, a pesar de sus victorias, los pueblos itálicos desconfiaron de la libertad que les ofrecía el guerrero semita. Al contrario que en Sicilia, donde, habiendo muerto el viejo rey Hierón de Siracusa, su nieto Jerónimo tomó partido por los cartagineses. Los romanos, que por entonces habían decidido defenderse de Aníbal atacando a sus aliados, pusieron sitio a Siracusa y, aprovechándose de las disensiones que no podían faltar en ninguna ciudad griega de la época, la tomaron por asalto. Así acabó el último estado griego de Sicilia, pero el saqueo de Siracusa llevó a Roma tantas obras de arte, que es fama que empezó en aquel punto la afición de los romanos por todo lo que era griego, hasta el extremo que pudo decirse que Roma había sido conquistada por sus vencidos los griegos.

Esto sucedía el año 212, mientras en España los romanos sufrían un grave desastre. He aquí cómo cuenta Apiano la muerte de los dos Escipiones que dirigían la lucha contra Asdrúbal, el hermano de Aníbal, que había quedado en la península. "Durante la estación fría —dice Apiano—, Cneo Escipión estableció sus cuarteles de invierno algo separados de los de su hermano Publio. Éste, al recibir noticias del avance de Asdrúbal, salió del campo con un pequeño destacamento, siendo sorprendido por la caballería enemiga y muerto con todos sus hombres. Cneo, que no sabía nada de la desgracia de Publio, le envió algunos soldados para pro-



Busto de Publio Cornelio Escipión, el Africano, procedente de la Villa de los Papiros, Herculano (Museo Nacional, Nápoles). Con sus cualidades guerreras y humanas logró no sólo conquistar Cartago Nova, sino también ganarse la confianza de todos los jefes iberos del sur de España.

curarse provisiones, los cuales hubieron de retroceder al encontrarse con otra fuerza cartaginesa. Sin prepararse apenas, Cneo corrió en socorro de sus soldados y fue también derrotado. Se refugió en una torre, pero los cartagineses le prendieron fuego y murieron así quemados el general y sus soldados.”

En este momento aparece el vencedor de Aníbal. “En el día señalado para elegir un general para España —dice Apiano— nadie se presentó como candidato y esto aumentó la consternación en Roma. Por fin, Publio Cornelio Escipión, hijo del otro Publio que había perecido en España, y joven todavía, pues no contaba más que veinticuatro años, pero con la reputación de ser ya un hombre maduro, adelantó a pronunciar un discurso en honor de su padre y de su tío y, después de lamentar su muerte, dijo que él se creía destinado a ser el vengador de su familia y de la patria. Habló por largo rato y con gran vehemencia, prometiendo someter no sólo a España, sino también a África y Cartago.” Los historiadores antiguos reflejan dos diferentes tradiciones acerca de este gran caudillo, que acabó por vencer a Aníbal y mereció ser llamado el Africano. Nadie discute su talento y buena fortuna, pero mientras Polibio nos lo presenta como un racionalista, que fía más que nada en su propio buen juicio, Livio pretende hacernos creer que Escipión era el amado de los dioses, y Apiano repite la misma tradición, aunque insinúa que Escipión no abrigó semejante creencia hasta después de sus victorias. “Escipión empezó a creer que estaba inspirado por el cielo en todos sus actos... A menudo se retiraba al templo del Capitolio y cerraba sus puertas, como si tuviera que recibir el consejo del dios. Todavía ahora —dice Apiano—, en las procesiones públicas, se lleva al Capitolio la estatua de Escipión, mientras las demás efigies se dejan en el Foro.”

Los retratos que tenemos del Africano nos lo presentan calvo, de cara vulgar y mirada severa, como debía de ser en los días de su vejez; pero a los veinticuatro años, con sus largos cabellos rizados, su varonil belleza y su entusiasmo en el discurso, producía una impresión irresistible a sus amigos y enemigos. Su primera campaña en la península ibérica empezó con un ataque a fondo. Instalado Escipión en Tarragona durante el invierno del 209, parecía dispuesto a permanecer a la defensiva mientras con sigilo se preparaba para atacar con un furor casi ciego. En siete días, dice Polibio, franqueó Escipión con su ejército la distancia que separa el Ebro de Cartagena, que son casi tres grados de meridiano. Sin esperar que llegaran refuerzos, el joven Escipión se lanzó sobre la



Retrato ideal de Escipión el Africano según un pintor italiano (Colección Gioviana, Florencia). Sus brillantes campañas contra los cartagineses no le evitaron el olvido en que acabó sus días.

capital de los cartagineses en España, apoderándose de sus vastos arsenales. En cambio, el hermano de Aníbal, el mismo Asdrúbal que había vencido a su tío y a su padre, se le escapaba con un ejército, dirigiéndose a Italia. Se trataba de repetir la campaña de Aníbal en el Po para levantar contra Roma a los galos y los etruscos. Pero Aníbal había descuidado a sus aliados del norte de Italia, con la idea fija de atraerse a los griegos del Sur, y así ocurrió que, a la llegada de Asdrúbal, ya no encontró ambiente propicio entre las poblaciones que antes ayudaron a Aníbal; además, enfrente tenía al ejército de los dos cónsules, que llegaba en su busca para vengar las derrotas anteriores. Y lo consiguió: en la famosa batalla del río Metauro pereció Asdrúbal, mientras Aníbal le estaba esperando al sur de Roma.

Escultura griega del siglo III antes de J. C. que representa a Antíoco III el Grande, rey de Siria, en cuya corte se refugió Aníbal tras el desastre de Zama (Museo del Louvre, París). Animado por el cartaginés, presentó batalla a los romanos, en la que su reino fue aniquilado y él perdió la vida.



Ya desde este momento la guerra estaba ganada, pero faltaba todavía descargar el golpe de gracia sobre Cartago. Escipión decidió dárselo en el África; para ello consiguió que el Senado lo enviara a Sicilia, con instrucciones para invadir el territorio cartaginés si se presentaba ocasión propicia. Escipión, al revés de Aníbal y a pesar de su carácter fogoso, nunca dio una orden a sus legiones sin que por lo menos tuviese ésta la apariencia de cumplir la voluntad del Senado. A los cuatro meses de haber tomado posesión del gobierno de Sicilia, ya había conseguido Escipión reunir 80 buques y 35.000 hombres, con los que desembarcó cerca de Cartago sin encontrar dificultades. Los romanos contaban allí con aliados. Los indígenas del norte de África estaban descontentos de Cartago y fueron más útiles a Escipión que los descontentos de Roma para Aníbal. Este último se hallaba aún en el sur de Italia, esperando a su hermano menor Magón, que debía reunirse con los últimos

Monedas con la efigie de Ariates IV y Ariates V —de izquierda a derecha—, reyes de Capadocia (Museo Británico, Londres). El primero ayudó a Antíoco III en su lucha contra los romanos, pero, derrotado por ellos, estableció una alianza que continuaron sus sucesores.



refuerzos de España. Allí, en aquella forzada inacción, Aníbal se entretenía redactando el diario de sus campañas, que hizo inscribir en griego y en fenicio en el altar del templo de Juno de Crotona.

Al recibir órdenes de la asamblea de Cartago para que regresaran al África, Aníbal y Magón desde dos distintos lugares se embarcaron hacia Cartago. Magón falleció durante el viaje, pero Aníbal consiguió desembarcar y en seguida organizó la resistencia. La tradición dice que, antes de confiar a la suerte de una batalla el porvenir de la patria, los dos caudillos tuvieron una entrevista en la tienda de Escipión. Hay que imaginarse al cartaginés, tuerto y ya de más de cuarenta años, con su larga experiencia de las guerras de Italia, discutiendo con el joven romano unas condiciones de paz que éste no podía aceptar. Empezaba la guerra a muerte.

Ésta se inició con la batalla del 18 de octubre del 202, diecisiete años después de la toma de Sagunto; conócese en la historia con el nombre de batalla de Zama, aunque se dio probablemente algunas jornadas lejos de este lugar. También en esta ocasión proporcionó la victoria el repliegue de la caballería africana, sólo que esta vez luchaba al lado de los romanos. En Cannas y en Zama el hábil y consumado jinete berber decidíó la suerte de Europa.

Las condiciones de paz fueron éstas: Cartago perdía España, tenía que destruir su marina y pagar diez mil talentos, o sean doce millones de pesos, en cincuenta años... Lo peor era que Cartago, de allí en adelante, no podía emprender una guerra, ni aun contra sus vecinos del África, sin el consentimiento de Roma.

Este relato de las guerras púnicas quedaría incompleto si no explicamos el final de Aníbal. Hemos dicho que el término de la primera guerra púnica dióse en Sicilia y contra el veterano general Amílcar. La segunda guerra púnica no terminó en Sicilia ni en África, sino en Asia. El tratado que concertó Amílcar después de la derrota de Zama no obligaba a Cartago más que a la contribución de guerra y otras penalidades políticas, pero la ciudad quedaba intacta, pues no fue arrasada hasta cincuenta años más tarde. Y sobre todo se dejaba en libertad a Aníbal, que se refugió en Siria. Allí había un monarca descendiente de Seleuco, el compañero de Alejandro, que se proponía restablecer la mitad del imperio del gran conquistador. Se llamaba Antíoco, pero le apodaban el Grande por su ambición. Había ya sujetado a su autoridad varios de los pequeños estados en que se había fraccionado el imperio de Alejandro. Nadie en Asia podía competir con sus riquezas y su organización



militar. Aníbal le llegó en buena hora para la guerra que preparaba contra Roma. Antíoco le aceptó y en la batalla decisiva puso a Aníbal en el centro, donde estaban los elefantes. Fue una gran derrota para Antíoco, y Escipión, que era el general romano, concluyó la guerra imponiendo una fuerte contribución y casi las mismas restricciones de soberanía que había impuesto a Cartago. Temeroso de ser llamado enemigo mortal por los romanos, Aníbal se refugió en la corte del rey de Bitinia y allí se suicidó con veneno. Escipión, el vencedor, fue acusado de peculado por los senadores. No quiso dar cuenta de los gastos de la campaña contra Antíoco. El día de rendir cuentas, rompió en pleno Senado todos los documentos que certificaban su conducta. Y marchó a morir a una hacienda que tenía en Campania. No fue enterrado con su gente en la cripta-sepulcro de la encrucijada de la vía Latina y la vía Appia. Los Escipiones, aunque patricios de gran abolengo, no incineraban los cadáveres, como todos los demás de la aristocracia romana, sino que los conservaban

en sarcófagos, como los plebeyos. La cripta de los Escipiones es un lugar que al visitarlo causa admiración por su severidad tan romana. Es una gruta excavada que consta de varias galerías; no tiene frescos ni estucos conmemorativos. No hay más luz que la que entra por la puerta de entrada y dos ventanas bajas de la fachada. Ésta tiene columnas talladas en la roca y unas guirnalda pintadas. En el interior hay los sarcófagos de miembros de varias generaciones de la familia. Son de piedra volcánica del Lacio. Sólo de uno, el mayor, que ha sido trasladado al Museo Vaticano, por una inscripción sabemos que era el apodado el *Barbato*, o Barbudito, acaso porque se dejaría crecer la barba, cosa que en aquella época no hacían nunca los patricios.

La modestísima casa del Africano en la Campania fue visitada por gentes que han manifestado su asombro al contemplar el pobre baño de losa y las desnudas paredes de la mansión en que vivió el eminente caudillo, el gran Escipión, vencedor de Aníbal en Zama, durante los últimos años de su vida.

Ruinas de uno de los teatros de Itálica, junto a Sevilla. La labor de romanización del sur de España, llevada a cabo por Escipión el Africano, fue acompañada de fundación de ciudades, la primera de las cuales fue Itálica.

BIBLIOGRAFIA

Audisio, G.	<i>Hannibal</i> , París, 1961.
Bernardi, A.	<i>L'età romana. Dalla fondazione al declino della repubblica</i> , en "Storia Politica Universale", vol. II, Novara, 1966.
Bosch Gimpera, P., y Aguado Bleye, P.	<i>La conquista de España por Roma (218 a 19 antes de J. C.)</i> , en "Historia de España" dirigida por Menéndez Pidal, vol. II, Madrid, 1955.
Broughton, T. R. S.	<i>The magistrates of the Roman Republic</i> , Nueva York, 1951-1952.
Ciaceri, E.	<i>Scipione l'Africano e l'idea imperiale di Roma</i> , Nápoles, 1940.
Grimal, P.	<i>Le siècle des Scipions</i> , París, 1953.
Mazzarino, S.	<i>Introduzione alle guerre puniche</i> , Catania, 1947.
Pericot García, L., y Ballester Escalas, R.	<i>Historia de Roma</i> , Barcelona, 1963.
Scullard, H. H.	<i>Scipio Africanus in the second Punic War</i> , Cambridge, 1938. <i>A History of the Roman World from 753 to 146 B. C.</i> , Londres, 1961 (3.ª ed.).
Thiel, J. H.	<i>Studies on the history of Roman sea-power in Republican times</i> , Amsterdam, 1946.
Vogt, J.	<i>Rom und Karthago</i> , Leipzig, 1943.
Warmington, B. H.	<i>Carthage</i> , Londres, 1960.



Casco romano al estilo de los que usarían las tropas de Escipión en España (Museo Arqueológico Nacional, Madrid).